





13.

Magda: la guardiana del destino

En el centro de la polvorienta ciudad de Azkandhor, entre bulliciosos mercados y sombras acechantes que buscan fortuna, nació la pequeña Magda; en un hogar que alguna vez conoció la dicha de vivir en completa felicidad, pero que pronto naufragó en un mar de lágrimas, desesperación y miseria. Su padre, incapaz de soportar la presión de los acreedores por la acumulación de deudas y el reproche constante de su mujer ante su falta de responsabilidad, huyó una noche sin mirar atrás, dejándolas a su suerte, con apenas unas monedas para subsistir algunos días y un montón de facturas por pagar.

La madre de Magda, abrumada por la carga de responsabilidades, se refugió en las caricias del licor y los suaves besos del opio, mientras entregaba su cuerpo en las calles a cambio de unas cuantas dosis de alegría efímera, enfrentando cada día el reflejo distorsionado de una realidad que la consumía lentamente, entre el miedo, la depresión y la ansiedad.

Cierta noche, la pequeña Magda tuvo una pesadilla espantosa: vio a su madre con los ojos vidriosos y las manos temblorosas, acercándose a su cama para tomarla del cuello en un acto de desesperación; luego, tras un destello de remordimiento, lanzarse por la ventana hacia un vacío oscuro. La visión fue tan vívida que Magda despertó temblando, llorando y gritando a todo pulmón. Pero su madre, sumida en su propio infierno, ni siquiera se dio cuenta.

Magda intentó cambiar lo que había visto. Le rogó a su madre que no bebiera, que no consumiera el narcótico, que se recostara tranquila y le permitiera preparar la cena y ordenar la casa. Pero el destino es caprichoso como una serpiente implacable: se deslizó nuevamente hacia ellas y las mordió hasta asfixiarlas con su veneno.

A la mañana siguiente, tras perder sus últimas monedas en las cartas, la madre de Magda ofreció un “servicio” en su propia casa a dos hombres enfermos, a cambio de una botella de anís y varias dosis de opio; mientras Magda escuchaba todo al otro lado de la habitación. Durante el acto, su madre cayó en un estado de delirio depresivo, y aún desnuda, echó a los hombres, les robó el dinero y los amenazó con un cuchillo de cocina. Ellos salieron con la ropa en brazos, maldiciéndola y jurando venganza. Apenas cerró la puerta, se bebió de un solo trago la botella de anís, perdiendo el equilibrio y cayendo de rodillas al suelo por un largo rato.

Después de discutir con su mente, atrapada en una nube de confusión, entró a la habitación de Magda. Con lágrimas en los ojos, acarició su cabello, susurrando palabras incoherentes entremezcladas con las voces en su cabeza y en un arranque de desesperación, apretó con fuerza el cuello de la niña. La impresión de ver el rostro de su hija luchar por respirar la hizo detenerse justo a tiempo. Entonces, en un acto de cobardía total, corrió hacia la ventana y se lanzó al vacío, esperando que la muerte silenciosa se llevara consigo la vergüenza de su existencia para siempre.

Conmocionada por el trágico suceso, Magda descubrió desde ese día que podía presagiar el futuro. Aquel don la marcó como una niña diferente, capaz de ver fuerzas de otros mundos que intentaban alcanzarla desde dimensiones desconocidas. Atormentada por no haber podido cambiar el destino de su madre, decidió emprender un viaje sin rumbo, recorriendo los caminos polvorientos desde Azkandhor hasta el Desierto de las Arenas que Cantan, en Qeresh, con el firme propósito de ayudar a otros a evitar sus propios finales trágicos. Pero en cada pueblo, en cada aldea, en cada rincón del mundo, aprendió que lo predestinado no puede evitarse ni romperse... al menos, no como ella lo había imaginado.

En su travesía fue testigo de innumerables atrocidades. Y aunque intentaba advertir a las víctimas de sus premoniciones, los destinos

siempre hallaban su camino hacia *La Santa Muerte*, dejándola con un vacío imposible de llenar, con una carga que la hizo cuestionar su poder. Tal vez no se trataba de un don divino para ayudar a las personas, sino de una maldición.

En uno de sus recorridos por el extremo sur del continente, mientras vagaba por el profundo Bosque de los Susurros tras seguir una pista reciente, Magda fue hallada por Hefesto, el Dios Herrero. Un ser de fuego y sombra cuya presencia hacía vibrar los distintos planos de existencia. Hefesto, que había despertado de su letargo con la misión de entregar las artes místicas a la humanidad, vio en Magda un potencial único. El don de Magda podía ayudarlo a localizar los fragmentos eternos, artefactos de inmenso poder necesarios para cumplir un plan mayor un plan que, sin que ella lo supiera, estaba siendo manipulado por fuerzas oscuras desde un lugar más lejano de lo que su mente podía imaginar.

Hefesto la acogió como discípula y le enseñó las antiguas artes místicas, así como la habilidad de guiar almas hacia el más allá en un tránsito amoroso. Bajo su tutela, Magda se convirtió en guardiana de La Hermandad, un grupo de humanos dotados con dones especiales, y fue enviada en misiones por todo el mundo. Asistía a los necesitados, les brindaba consuelo en sus últimos momentos y, con cada alma que guiaba, comprendía que, aunque no podía evitar el destino, sí podía influir en cómo las personas lo enfrentaban, otorgándoles serenidad y coraje.

Durante una de sus misiones en los Pantanos de Melquiria, buscando al mítico Fauno, Magda encontró a un abuelo mangle, un árbol milenario que caminaba lentamente a través del tiempo. Tenía raíces retorcidas como dedos de gigante y se desplazaba paso a paso sobre el suelo fangoso, como si buscara recuerdos olvidados donde la tierra se funde con el mar. El abuelo mangle, centinela ancestral del litoral, parecía haberla estado esperando durante siglos. Le habló de una antigua profecía sobre unos guardianes capaces de equilibrar el destino y el libre albedrío, quienes traerían revolución y cambio al cosmos para impulsarlo hacia un nuevo amanecer.

Magda creyó que aquel relato hablaba de ella y de la Hermandad, del legado que les había sido encomendado. Sin embargo, marcada por los

traumas de su infancia, dudaba de su capacidad para cambiar siquiera su propio destino, y mucho menos el del universo. Solo hasta el momento de la despedida, el abuelo mangle sembró en su corazón una semilla de certeza que resonó como verdad absoluta.

—No se trata de fragmentar el destino ni de cambiar las leyes del cosmos, sino de aceptarlas tal como son... para poder fluir con ellas —susurró el abuelo, como si el tiempo se hiciera lento y no existiera ningún afán.

Con los años, la reputación de Magda progresó. Su comprensión del cosmos se profundizaba, y cada vez más personas -desde campesinos, hasta nobles- buscaban su guía, deseosos de hallar paz en sus últimos momentos. Sin embargo, mientras guiaba más y más almas, una inquietud comenzó a despertarse en su interior: un eco en sus premoniciones que le advertía de un mal mayor, un caos que consumiría el universo. Dioses, criaturas mágicas y seres espirituales estaban en peligro, y la semilla de la duda germinó dentro de ella: ¿y si Hefesto, su mentor, estaba desatando ese mal sin saberlo?



Escanea este código.
Cierra tus ojos y deja que la música
de esta historia,
guíe tu alma hacia un nuevo viaje.

